

CASA DE ESPAÑA EN SAN ANTONIO

P.O. Box 690523

San Antonio, TX 78269



III CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATO CORTO

OBRA GANADORA (PRIMER PREMIO)

5 Febrero de 2023

EL RITO

Autor: Luis Alfredo Intersimone

(San Marcos, Texas)

No man is more disgusted than I am with the ambition, the avarice, and the profligacy of the priests, not only because each of these vices is hateful in itself, but because each and all of them are most unbecoming in those who declare themselves to be men in special relations with God, and also because they are vices so opposed to one another, that they can only co-exist in very singular natures. Nevertheless, my position at the Court of several popes forced me to desire their greatness for the sake of my own interest.

Guicciardini (1529), citado por Burckhardt, *Renaissance in Italy*

El camarlengo abrió las puertas del aposento y lo recibió el murmullo de las máquinas y monitores que habían vigilado hasta pocos minutos antes el cuerpo del Pontífice. Dejaba atrás el bisbiseo de Paternostri y las cofias de miles de beatas venidas desde todos los rincones de la Cristiandad. Lo acompañaban un oficial, el decano y el secretario de Estado, quien apenas cruzado el umbral refunfuñó con voz chillona de plañidera, exigiendo que se retirara todo el mundo pues no quería ver ni una sola mujer en las cercanías. “¡*Né una donna!*” Las monjas, enfermeras y doctores se marcharon en silencio, con la cabeza gacha. No había nadie a quien dar el pésame. “¡Esto no es asunto de mujeres!” El decano lo calmó. “Tranquilo, Giuseppe –Monseñor Angelo italianizaba su nombre en una señal de familiaridad–. No pasa nada. Tampoco es asunto de laicos varones.” Pero el secretario seguía quejándose de que no debía haber nadie. Monseñor Eduardo intervino: “Entonces también deberían retirarse ustedes”. Por tradición, sólo el



camarlengo tenía permitido quedarse en la recámara final. Monseñor Giuseppe rechinó los dientes y empalideció, apretando los labios sin responder.

Al cardenal camarlengo no le caía bien el secretario de Estado. En cierta ocasión, lo había visto elevar el brazo derecho estando borracho y hacer el saludo nazi. Solicitado de explicaciones, dijo que ésa era la manera de rendir pleitesía a los antiguos emperadores de Roma, cuya prolongación era la Iglesia Católica... Sí, a monseñor Eduardo no le caía bien el secretario. Era poco sutil. Por suerte, eso reducía sus posibilidades en el Cónclave. Más que un seguro papáble, era un gran elector.

“¿Dónde está el anillo?”, preguntó ahora, con una inflexión histérica; se refería al sello papal del pescador, que debía ser destruido frente al Colegio Cardenalicio. El decano intervino nuevamente para refrenarlo.

Monseñor Eduardo guardó el sello en una cajita de vidrio y se acercó al cadáver para confirmar su muerte. Levantó la mano y controló el pulso. “¿Y el martillo? Debe hacerse con el martillo”, demandó el secretario. Se trataba del martillito de plata que se golpeaba tres veces sobre la frente del Papa, llamándolo por su nombre. “No es obligatorio”, respondió el camarlengo. Dejó caer la mano y agregó: “Les voy a solicitar que se marchen pues voy a sellar el cuarto.”

El secretario se acercó a la cama, se inclinó y besó la fría mano de Su Santidad, despojada por primera y última vez de su anillo. “Nadie va a poder decir ahora que a éste lo mataron.” El decano tosió incómodo. Luego, fueron saliendo uno por uno. Monseñor Eduardo comenzó a cerrar las puertas desde adentro. El secretario se volvió, manifestando incompreensión. “Edoardo debe quedarse para ejecutar el rito secreto”, explicó Angelo. Giuseppe hizo un gesto de sorpresa pero acató. “Pensaba que eso estaba de más”, masculló mientras se iba.

También así lo creía el camarlengo. Aunque hubiera tenido sentido en el siglo IX, o más probablemente en el XVII, si perduraba hoy en día era más bien por una cuestión de higiene, una precaución que se tomaba antes de entregar el cuerpo a los embalsamadores del Vaticano. Se acercó a la cabecera y recorrió las sábanas, para dejarlo al descubierto. La última vestidura del Papa era un uniforme de hospital de color verde. Sobre el pecho, el inútil rosario de nácar y oro. Alguien –tal vez el secretario– le había colocado alrededor de su cuello una incongruente estola morada. El cuerpo, luego de ser destazado como una vaca y vaciado de sus vísceras y órganos vitales, sería macerado en ungüentos y aceites perfumados, hierbas, incienso y sustancias conservantes. Más tarde lo bañarían y vestirían completamente de rojo, el color del duelo papal. Culminadas las novendiales, lo introducirían en un triple féretro de ciprés, plomo y nogal y leerían su testamento para conocer el lugar elegido para su descanso eterno.

El rito secreto, uno de los pocos secretos que quedaban del ritual fúnebre, era del conocimiento de sólo un puñado de cardenales y había pasado de mano en mano a lo largo de las centurias para preservar la dignidad papal. El origen de la tradición era un mito del siglo IX, atribuido a Anastasio el Bibliotecario, según lo relataba Blondel en *Familier éclaircissement de la question Et caetera* (1647-9). A continuación lo citaba Mariano Escoto de Colonia y Metz, en la famosa fórmula latina que pasó a la historia (“A.D. 854, Lotharii 14, Leone Ioanna successit”). Se refería igualmente la existencia de una interpolación apócrifa en un manuscrito de Sigebert de Gemblours hacia el siglo XII. El último, el que dio la versión definitiva, fue Martín Polono a fines del XIII, quien involucró directamente a Juan Anglo, hipotético Papa sucesor de León I. Lo más seguro es que todo fuera una invención de los griegos ortodoxos o de los protestantes para calumniar a la Iglesia.



Pero el rito se conservó de algún modo. Tenía lugar al comenzar y finalizar el papado con el fin espurio de evitar que el sacrilegio volviera a ocurrir. El camarlengo era el oficial cardenalicio encargado de cumplirlo. El procedimiento era bastante sencillo e inocuo; a Monseñor Eduardo le parecía deleznable o vergonzante. No consistía más que en una constatación visual y, si era necesario, táctil.

El sacerdote, sin dejar de mirar el rostro del difunto Santo Padre, tomó entre sus dedos el extremo de la bata y comenzó a subirla lentamente, a los tirones. El peso del cuerpo hacía difícil la tarea, pero había decidido dejar listo el cadáver para la entrada de los embalsamadores. Mecánicamente, sin percatarse de nada, llegó a la altura del esternón. Al mover su brazo derecho —pues se encontraba a la diestra del cadáver—, lanzó una mirada casual hacia abajo. Y, en cierto sentido, cumplió el rito.

“¡Coño!”, exclamó en voz alta, con un grito salido de su entraña castiza, mientras se llevaba la mano a la boca y se mordía el pulgar, en un gesto proveniente de sus largos años pasados en Italia. Se echó hacia atrás y tropezó con el dispensador de suero.

Pensó en Papas bastardos, en Papas sodomitas, en Papas claustrofóbicos, en Papas con bastardos, en Papas sodomizadores, en Papas erotómanos, dipsómanos, cocainómanos, en Papas santos, en Papas ninfómanos, en Papas asesinos, en Papas golosos, en Papas soberbios, en Papas comunistas, en Papas niños, en Antipapas, pero ni por casualidad, ni por la más peregrina casualidad, se le hubiera ocurrido imaginar lo que acababa de ver. Recordó la explicación de Baring-Gould, la de que el mito no era sino la personificación simbólica de la Gran Puta del Apocalipsis, sentada en las siete colinas y a punto de parir como una perra. Cuando el anterior camarlengo le había pasado el rollo con las instrucciones, se había regodeado en las posibilidades estéticas y simbólicas de la leyenda: la alegoría del orgullo y la frivolidad de los vicarios de Dios, el escándalo, la fornicación espiritual y de la otra de los reyes de la tierra, la corrupción de la Ciudad Santa... Pero la realidad desnuda, ¿qué significaba?

Se enjugó el sudor de su frente y consultó sus notas con las instrucciones. Correspondía ahora hacer la constatación táctil. Pero se negaba a mirar, sus ojos rehuían el objetivo, como si tratara de atrapar un pez con la mano enjabonada. Se obligó a dirigir la mirada hacia el punto medio y extendió el brazo. Sintió un calambre, un cosquilleo, la impresión de que cometía *peccatum nefandum*. Exploró. Tocó. Por primera vez en toda su vida, en toda su vida de pastor célibe, tocaba *eso*, tocaba *la nada*.

¿Cómo era posible que hubiera sucedido? ¿Quiénes estaban involucrados en este contubernio, en esta depravación, en esto... que no había palabra para describir? El anterior camarlengo, seguro. Tenía que estar involucrado. Pero debía haber más gente al tanto. El secretario, quizá, ese reptil ario con cara de... Los médicos, al menos un médico, ¿alguna enfermera tal vez? Y las monjas secretarias, traídas expresamente de Europa Oriental para ponerse a su servicio. Y la tácita asunción de millones y millones de imbéciles. Tantos años, tantos años. Acaso toda una vida. Toda una vida de engaño, en que el Papa, *él*...

Las instrucciones, a partir de este momento, sólo aconsejaban, no exigían. Ponerse en contacto con el Cardenalato, con los oficiales, con el nuevo Papa. Denunciar. Enjuiciar. Callar. Que el sepulcro de los siglos entierre el descubrimiento, tal como había enterrado el de Anastasio, Mariano y Martín.

Al salir de los aposentos, al atravesar las galerías, al cruzar los subsuelos, al entrar a la Capilla Sixtina, a lo largo de todo el camino, el cardenal revolvió en su mente una serie de

CASA DE ESPAÑA EN SAN ANTONIO

P.O. Box 690523

San Antonio, TX 78269



pensamientos obsesivos que rehusaron irse en los siguientes nueve días. Este Papa, considerado el más viajero de la historia, había sentido una atracción notable por el cuidado de la imagen, lindante en la vanidad. ¡Cuántos fieles había conquistado para la Iglesia tal actitud! El secreto inmundo y execrable, ¿explicaría el amor del Pontífice (¿podría seguir llamándose *el Pontífice*?) por la exposición mediática, las cámaras de televisión, los viajes, las fotos, el celibato? ¿Explicaría eso el encanto en los jóvenes, la ilusión de dulzura, la placidez provocada en las masas ignoras? ¿Podría de algún modo comunicarse por medios inconscientes el secreto, percibirse el aura impía emanada por la persona a través del sonido y la imagen? Incluso él mismo, Eduardo, había sentido en determinados momentos una cierta efusión, una emotividad, un afecto cálido y cariñoso, algo que ahora sólo le repugnaría llamarlo amor, al contemplar al difunto *Papa* bendecir y sonreír a multitudes, besar a bebés cubriéndolos en un abrazo nutriente, dar la hostia en la boca a miles y miles de feligreses.

El griterío de la muchedumbre –“¡*Santo subito!*”– llegaba claramente desde la Plaza.

Tres semanas después en un aposento reservado, cuando salía humo blanco de la Capilla Sixtina, el cardenal Eduardo le entregó al Papa electo un escrito que le daba poder para revisar físicamente a Su Santidad. “Es una costumbre que tiene el fin de cerciorarse de su estado de salud”, explicó a modo de excusa. “No me diga”, respondió el Papa con un dejo de ironía, “yo creía que tenía que ver con la leyenda de la Papisa Juana.” El cardenal enrojeció hasta la raíz de sus cabellos.

Se retiró discretamente hacia un rincón mientras Su Santidad se desprendía de la sobrepelliz y la casulla para poder levantarse la sotana. La infame Papisa Juana, la que jamás pudo haber reinado en el año 854, a 14 años de la coronación del emperador Lotario, seguiría estando sola en la historia o en los dominios de la leyenda, pensó el cardenal. Todo fuera por la salud de la Iglesia, la única que otorga salvación. Nadie sabría nunca lo que él sabía.

Minutos después, el nuevo Pontífice se abotonaba las vestimentas luego de haber concluido la certificación de su virilidad. “Su Excelencia, lo felicito por su buen criterio.” “¿A qué se refiere, Su Santidad?” “Me refiero a que saber olvidar también es tener memoria”, dijo el Papa guiñándole un ojo, con sonrisa cómplice. El cardenal se acercó a besarle el anillo.